LA ATLANTIDA
(Del libro - «Prehistoria y Viajes»)

Por: CARLOS CUERVO MÁRQUEZ
Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 1, Volumen III
1936

La sana critica en el estudio comparativo de los mitos y de las tradiciones comunes a los pueblos del antiguo Continente y de la América Central, casi disipan toda duda acerca de la existencia de antiguas relaciones entre los unos y los otros, bien directamente o, lo que es más posible, por la mediación de los Atlantes legendarios, quienes probablemente pertenecían a la gran familia Hamita.

Dignas a este respecto de llamar la atención son las tradiciones confiadas a Solón por los sacerdotes de Sais, de Heliópolis y de Psenophis, como pertenecientes a los albores de la historia griega, cuyo recuerdo conservado por Platón, es como sigue:

«Entre los grandes hechos de Athenas (Minerva) cuyo recuerdo se conserva en nuestros libros — decían los sacerdotes egipcios — hay uno que debe ser estimado como superior a los demás. Nuestros libros dicen que los atenienses destruyeron un ejército que vino cruzando el Atlántico y que atrevidamente invadió la Europa y el Asia: pues este mar era entonces navegable, y más allá del estrecho, donde ustedes los griegos colocan las Columnas de Hércules, había una isla mucho mayor que Asia Menor y Libia reunidas. De esta isla podía pasar fácilmente a otras islas y de éstas al continente situado al rededor del mar interior. El mar, de este lado del estrecho, (el Mediterráneo) del cual hablamos, parece un puerto con una entrada angosta, pero es un verdadero mar, y la tierra que lo rodea un verdadero continente. En la isla de Atlantes reinaban tres reyes con grande y maravilloso poder. Tenían bajo su dominio todo Atlantes, varias otras islas y alguna parte del continente. En un tiempo su poder se extendió por Lybia y por Europa, hasta Tyrrenia; y uniendo todas sus fuerzas intentaron destruir de un golpe nuestros países; pero su derrota contuvo la invasión y dio la independencia a los países situados de este lado de las Columnas de Hércules. Después, en un día y en una noche fatal, se sucedieron poderosos terremotos y grandes inundaciones que sumergieron a aquel belicoso pueblo; Atlantes desapareció bajo el mar, y desde entonces ese mar se hizo inaccesible y su navegación se acabó a causa de

la gran cantidad de lodo que las islas sumergidas dejaron en su lugar»[1]. En conmemoración de la victoria sobre los Atlantes, Erichtonius instituyó en 1500, antes de nuestra era, las suntuosas fiestas de Panatena.

Cuando los sacerdotes egipcios comunicaron a Solón estos recuerdos conservados en sus viejos libros, le aseguraron que los griegos no tenían el menor conocimiento de la antigüedad y que ni aun siquiera sabían lo que en tiempos remotos había sucedido en su propia patria.

Que en el occidente de Europa y de África se había desarrollado en época muy anterior a los tiempos históricos, una civilización muy adelantada, lo prueba, entre muchos testimonios, el hecho de que cuando los Tirios pasaron por primera vez las Columnas de Hércules y fundaron la ciudad de Cádiz (1.100 años antes de nuestra era) encontraron en toda la costa de España poblaciones ricas y florecientes, y ya en esa época la opulenta ciudad de Tartessus (el Tarshish de la Biblia) estaba en plena decadencia y próxima a la ruina.

En los antiguos códices de Centro América, según el abate Brasseur de Bourbourg, se conserva también el recuerdo de la inmensa catástrofe que destruyó por medio de terribles convulsiones el continente que existía sobre el Atlántico y cuyos vestigios serían las Antillas y los bajos fondos que se extienden entre la América y el África. Según estas tradiciones, tres fueron los principales cataclismos que tuvieron lugar, aunque a veces se mencionan uno o dos más, en los cuales «la tierra, violentamente sacudida por horribles terremotos, quedaba sumergida por la acción combinada de las olas del mar y del fuego de los volcanes». Cada convulsión destruía nuevas porciones de tierra hasta que el todo desapareció, quedando la costa tal como se encuentra hoy. Muchos de los habitantes fueron destruidos; pero otros huyeron en embarcaciones o se refugiaron en las más altas montañas o en las porciones de tierra que por el momento habían escapado de la destrucción[2]. Es probable que algunos de los que se escaparon del inmenso desastre se refugiaron en Centro América o en Yucatán, en donde el recuerdo de la catástrofe se conmemoraba en las grandes fiestas que celebraban en el mes *Izcalli*, en las cuales los príncipes y el pueblo humildemente imploraban de la divinidad el que no se repitieran tan terribles calamidades.

Gomara, quien parece haber sido el iniciador de la teoría de la civilización Atlántida en América, la que con extraordinaria erudición desarrolló en su Historia General, es el primero en observar que las palabras atlas, atlantes, atlántico, atlántida, referentes todas a las tierras fabulosas sumergidas en el océano por los grandes cataclismos, cuya etimología es extraña a todos los idiomas conocidos de antiguo mundo, tiene su raíz en el Nauhatl de Méjico; en efecto, en este idioma alt significa agua, guerra y también el ápice de la cabeza. De aquí se forman muchas palabras, entre ellas atlan, que quiere decir en la orilla o en medio del agua;

---

[1] Traducción de Cousin, citada por el Abate Brasseur de Bourbourg. — J. D. BALDWIN Ancient América, pág. 177.

[2] J. D. BALDWIN. Ancient America.

de donde naturalmente viene «atlántida» para expresar la isla, y atlántico, nuestro adjetivo, para designar el océano que la encerraba; atlaza es combatir o surgir de entre el agua, y su pretérito hace atlaz. La antigua ciudad de Acia, sobre el golfo de Urabá, en donde Pedrarias hizo dar muerte a Vasco Núñez de Balboa, el descubridor del mar del Sur, era primitivamente conocida con el nombre de Atlan.

Si en realidad la Atlántida y los atlantes existieron, lícito es suponer que por su mediación llegaron a Méjico y a la América Central las manifestaciones propias de la civilización cushita que en las ruinas y en las tradiciones de esta región se conservan; tanto más cuanto ese legendario pueblo, según el recuerdo de los libros egipcios, dominó por mucho tiempo sobre las costas de España y de África Occidental, en donde, como ya hemos visto, en tiempos anteriores a los históricos vivían pueblos cushitas en plena prosperidad. Así como las huellas que de esta misma remota civilización se encuentran en el Perú, en el Ecuador y en San Agustín, si no se han producido espontáneamente en esos lugares, lo que no es de creerse, deben reputarse como importadas por los antiguos pueblos polinesios. Natural es que, en el largo transcurso de los siglos necesarios para efectuarse tan vastas migraciones, se produjeran notables diferencias entre los dos rumbos, conservándose, sin embargo, en ambos, inequívocos vestigios de la cultura y de las creencias primitivas, sobre todo en lo que se refiere a asuntos y a símbolos de carácter religioso, menos expuestos a cambios y a mudanzas. Y esto es lo que sucede en Méjico, en el Perú y en San Agustín, en donde la mayor parte de los caracteres que ponen en contacto estas misteriosas civilizaciones pertenecen también a primitivos pueblos cushitas del antiguo Oriente.

Además, no sería improbable que, tanto los pueblos del norte como los del sur, en el curso de sus migraciones hubieran tenido fusiones parciales de modo que los unos se hubieran asimilado parte de la cultura de los inmigrantes; y, según los vestigios que en toda la América se encuentran, estas migraciones han sido tan numerosas y han producido superposiciones tan complicadas como las que se registran en la vieja Europa.

Revisado por: FEPP